

ct

Furiosa Escandinavia

de
Antonio Rojano

(fragmento)

Capítulo *UNO*
*En el que Erika M. disuelve
la realidad en un mapa
de carreteras*

Un hombre ha muerto. Ha muerto por una historia. Una historia, también, que ya he olvidado. Un libro que leí hace años dice que la memoria es como un perro, un perro al que le tiras un palo y te trae cualquier cosa.

Este relato se inicia como se inician las historias de amor. Un chico conoce a una chica, en el mundo real, y después... Eso pensaba. Que nuestra historia había sido real, que era *una historia de amor real*, de aquellas que los padres cuentan a sus hijos. Hijos, qué ironía... ¿Te acuerdas? Entonces pensaba que era nuestra, que nos pertenecía tanto como nuestra voz y nuestro cuerpo. Aunque ahora, con toda esa nieve negra en mi cabeza, no estoy segura de si esta historia fue real o si en cambio la he inventado.

Pero, dime, tú que has conocido el mundo y que has viajado por sus emociones, ¿es que acaso la realidad se ofrece siempre clara? ¿Es que es simple y no compleja? ¿Crees que la realidad se muestra como las páginas de un libro o se despliega, más bien, como un mapa —un mapa de carreteras— que es difícil de abrir, difícil de interpretar e imposible de volver a plegar?

Este relato comienza aquí, en un lugar conocido, pero terminará en una ciudad de nombre extranjero, al final de uno de esos mapas imposibles. Una ciudad cuyo nombre tampoco recuerdo. Sólo recuerdo que, al principio, mucho antes de que llegaran las tinieblas, yo te amaba y tú me dejaste.

Capítulo *DOS*

*En el que el Autor propicia el
confuso encuentro entre el
joven paranoico y la
mujer abando-
nada*

“No puedo crear un tiempo que desconozco. Si pienso en mañana, es inútil hacerlo a través de los fragmentos de mi memoria. Cerrando el pasado podré viajar al futuro, eso dicen. Quizás, la pieza final del rompecabezas en que se ha convertido mi vida me la entregue el desconocido.”

Estas palabras habitaban la cabeza de Erika M. horas antes de asistir a la indiscreta cita que había fijado con un extraño. Un hombre nuevo que conocería aquella noche por vez primera. Pero ese encuentro, tramado a la hora de la siesta, la más estéril de las horas, ya está sucediendo, porque la mujer ha llegado al parque, al lugar propuesto, y se acaba de encontrar con el joven. Llega tarde, pero no le importa. Ofrece su mano e invita al muchacho a sentarse en uno de los bancos. Uno cualquiera, tampoco importa. Es cierto que ella no esperaba —otra decepción— que el joven vistiera con ese peculiar atuendo, todo un cowboy de los pies a la cabeza. No tiene miedo, porque sabe que él es más tímido que ella. Gracias a ese seudónimo con el que el hombre se hace nombrar en las redes, puede que ella esperara un artefacto visual más refinado. No podemos culparla. Tampoco a él. Porque el secreto que guarda él se esquivo con sencillez entre sus formas externas y entre todas las palabras que amontona al hablar. Hablar demasiado, él sabe, ayuda a ocultar los secretos, tanto como las hábiles copas de los árboles, desde este banco, ayudan a ocultar la luna de esta noche. Esa luna tachada, sobre sus cabezas, de la noche en que nuestra ficción comienza.

Si están aquí y ahora es porque los dos buscan lo que han perdido, aunque no tengan la menor idea, o eso nos dan a entender, de qué buscan, qué desean o qué demonios han perdido.

BALZACMAN

...es como cuando uno sabe que ha tocado fondo. Y lo pisa. Todo ese suelo está bajo tus pies. Imagino que hay peces. Porque cuando alguien dice *fondo*, ¿no?, piensa que está en el mar. En-el-fondo-del-mar. En el fondo de un agujero lleno de agua, sí. Que hay agua por todas partes. Y allí están los peces, acompañándote, y algunas algas del color del cieno... y, quién sabe, hasta puede que te encuentres las ruinas de la Atlántida, qué sé yo. La cuestión es que desde pequeños, siempre nos han dicho que, una vez hemos tocado fondo, el suelo se mantendrá fijo bajo nuestros pies. Inmóvil, ¿verdad? Que a partir de ahí sólo nos queda nadar, bracear hasta la superficie... Y subir otra vez. Salir. Respirar.

ERIKA M.

Sí.

BALZACMAN

Pero no.

ERIKA M.

No.

BALZACMAN

Es otra mentira.

ERIKA M.

Ya.

BALZACMAN

Piénsalo. Piensa que estás en una piscina olímpica. ¿Has visto algún capítulo de *Los Soprano*? Supongo que sí, ¿no? Es una serie antigua, pero todo el mundo la ha visto. Así que piensa que un par de mafiosos —por ejemplo: Paulie y Christopher— te han arrastrado hasta esa piscina. Te han llevado hasta ahí en el maletero de un Cadillac negro, tan negro como un cuervo. Sabes lo que has hecho. Sabes que la has cagado. Has tenido un mal día... Con la poli, con el juego, con la mujer de Tony Soprano... Cualquiera cosa nos vale. Y una vez allí, Paulie te señala con ese raro gesto que hace siempre con su mano. Ese dedo duplicado que te amenaza mientras dice: “Nunca he visto una rata que sepa nadar. Y tú, chaval, ¿has visto alguna vez una rata que sepa nadar?”

ERIKA M.

Ajá.

BALZACMAN

Entonces, con ese gesto tan sencillo, entiendes lo que va a pasar ahora. Porque Paulie suelta una de sus risitas, ese *jajajá* estúpido, y vuelve a repetir el chiste. Porque para él no significa nada, no deja de ser un chiste, pero para ti tiene un significado. Significa: el principio del final. Así que los dos *gánsters* se ponen manos a la obra y te regalan lo que en su jerga llaman unos pies-de-cemento. Y casi sin darte cuenta, ya te han lanzado a la piscina y estás hundiéndote. Rompes la superficie de la piscina y te hundes tan rápido como nunca has podido imaginar que se hundan los cuerpos sólidos en el agua. Y cuando estás abajo, alcanzando ya el fondo, sientes que todo permanece quieto, que estás bien, que aún nada ha pasado, que, al menos, antes de que acabe tu biografía —porque va a terminar—, disfrutarás de un segundo de calma entre tanto vacío azul. Incluso, quieres pensar, que vendrá el socorrista de la piscina a sacarte del aprieto. Pero no, nadie va a venir a sacarte del aprieto. Olvida el optimismo, amigo, porque ocurrirá todo lo contrario. Ley de Murphy. Porque entonces el agua se vuelve turbia y se deja manchar por las vibraciones. Hay un terremoto... Está sucediendo un terremoto, ahora... Fuera. Dentro. Un seísmo de una magnitud brutal está destruyendo la ciudad y va a abrir un abismo que rompe la maldita piscina por la mitad, justo debajo de ti. Una sima infinita por la que vas a caer, por la que vas a seguir cayendo... (*Pausa.*) Por más que la gente diga que has tocado fondo, no es cierto. Todo puede ser peor, mucho peor, y el fondo puede estar más... al fondo.

ERIKA M.

Nihilista.

BALZACMAN

¿Qué...? (*Silencio.*) ¿Qué pasa?

ERIKA M.

Sólo digo que, de todos los tipos que hay en Internet, he tenido que ir a dar con un cowboy nihilista. Joder, debe ser agotador pensar así.

BALZACMAN

Oye, estoy hablando en serio.

ERIKA M.

Y yo.

BALZACMAN

¿No estás de acuerdo? ¿No piensas que ése es nuestro deber, no permitir que los optimistas nos engañen?

ERIKA M.

Sí, por supuesto, pero, ¿por qué hablas tan...? ¿Por qué hablas tanto?

BALZACMAN

No lo sé.

ERIKA M.

¿No lo sabes?

BALZACMAN

Quería hacerte sentir cómoda. Quería que supieras que estás ante un igual. Y que te entiendo.

ERIKA M.

¿Un igual? *(Ríe.)* ¿Un igual que entiende qué? ¿Qué sabes tú de mí? Mira, yo sólo quería salir de casa. No te conozco de nada. Y tú no me conoces tampoco —espero—. Cuando chateamos, me habías parecido un chico interesante. Inquieto, pero interesante. Yo no suelo hacer estas cosas. Nunca. Nunca hago estas cosas, pero necesitaba un poco de aire, salir de casa, y tú... tú apareciste. Estoy en una fase de mi vida en la que empiezo a hacer demasiadas tonterías —tonterías con las que yo misma flipo y me sorprendo—, pero eso no quiere decir que... que necesite terapia, ni electroshocks, ni un psicólogo. No me voy a tirar por un puente, ¿vale?

BALZACMAN

Vale.

ERIKA M.

No sé qué impresión has sacado de mí, pero quizás te estás equivocando.

BALZACMAN

Lo siento, yo sólo...

ERIKA M.

Es curioso que alguien tan obsesionado con la verdad, se oculte tras la foto de un escritor muerto y, para más inri, se haga llamar Balzacman. ¿No eres tú el que tiene un problema con la realidad?

BALZACMAN

Ya te lo he dicho, hay que ser prudente. No quiero que vendan mis datos a ninguna multinacional.

ERIKA M.

Digo que me parece curioso, ¿vale? Tener sólo una foto de perfil y que ni siquiera sea tuya.

(Pausa.) Y el sombrero, ¿va con en el kit de agente secreto?

BALZACMAN

Era para que me reconocieras.

ERIKA M.

Podías haber traído un clavel rojo en la solapa. Es más... convencional, ¿no crees? ¿De dónde lo has sacado?

BALZACMAN

Mi abuela es de Méjico. Mejicana. Me lo traje de allí. Ella tiene un rancho y caballos y...

ERIKA M.

¿Pero cómo eres tan mentiroso?

BALZACMAN

No lo sé. (Ríe.) ¿Por qué te habías despedido?

ERIKA M.

¿Eso es lo que quieres? ¿Entrevistarme?

BALZACMAN

No, pero...

ERIKA M.

¿Eres un espía o un pervertido?

BALZACMAN

Vaya pregunta. Bien, no sé... Quería saber que existías.

ERIKA M.

Que existía... Pues di la verdad, desde las palabras pequeñas. No es tan difícil. Venga, empieza por decirme tu nombre. Tendrás un nombre, ¿verdad?

BALZACMAN

Creo que no es buena...

ERIKA M.

Yo no voy a vender tus datos a ninguna multinacional, quédate tranquilo. Si quieres, no lo digas en voz alta. Mira, escríbelo aquí. Tengo un bolígrafo en algún sitio.

BALZACMAN *escribe su nombre en el papel que le ha dado la mujer. Como si*

fuera un informe de máxima seguridad, dobla la hoja y se la entrega. ERIKA M. desdobra el papel con el mismo misterio, manteniendo el juego. Lee en silencio.

ERIKA M.

Un placer. Yo soy Erika. Quédate el bolígrafo. Será nuestro primer regalo. Seguro que tú podrás darle mejor uso que yo.

BALZACMAN

Encantado, Erika. Muchas gracias.

ERIKA M.

¿Ves qué fácil es? Ahora podemos empezar otra vez. Borrar los últimos diez minutos y comenzar de nuevo. Como personas reales, no virtuales. Como dos amigos que se han citado para charlar en el parque.

BALZACMAN

Está bien. Creo que está bien.

ERIKA M.

Mira, te voy a ser sincera. Estoy cansada del Facebook. Dejé ese mensaje de despedida en el muro, esta mañana, y he flipado. Porque mis amigos se han puesto como locos... Todos esos amigos —entre comillas, ya sabes— han dejado una montaña de comentarios. *(Pausa.)* Lo que tiene de admirable la felicidad de los otros es que uno siempre cree en ella, ¿a que sí? En eso se basan las redes sociales. Pero yo voy a dejar de creer en esa felicidad. Quiero volver a entablar relaciones verdaderas con la gente. Quiero vivir en un mundo en el que lo verdadero tenga más peso que... que lo real.

BALZACMAN

Que lo real. Claro.

ERIKA M.

Pero me ha sorprendido que el mensaje más tierno, el que me ha hecho dudar de si eliminaba o no mi cuenta, lo haya escrito una persona que ni siquiera sabía que existía. Quiero decir, hoy lo he revisado y sé que te había aceptado hace algún tiempo y que le das al *me-gusta* a casi todo lo que cuelgo —no entiendo bien por qué—, pero me ha parecido tierno descubrir que alguien al que no conozco, con el que nunca he cruzado una sola mirada, me fuera a echar de menos. Es... No sé, no sé lo que es.

BALZACMAN

No quería *perdert*... el contacto.

ERIKA M.

¿Perderme? ¿A mí? ¿Ves qué mono te pones?

BALZACMAN

No quería que lo hicieras.

ERIKA M.
¿Y por qué no?

BALZACMAN
Me gustan tus fotos. Me gusta leer lo que escribes.

ERIKA M.
Como te gustan tanto los escritores...

BALZACMAN
Sí.

ERIKA M.
Pero yo no escribo. Yo no soy ninguna escritora.

BALZACMAN
Bueno, nunca se sabe. Aún eres joven.

ERIKA M.
Tú lo sabes, ¿no? Tú eres el que tiene relación con los libros. ¿O eso también es mentira?

BALZACMAN
No, no es mentira. Estudié filología francesa. Aquí, en la universidad.

ERIKA M.
Oui. Lo de los escritores franceses.

BALZACMAN
Aunque aún no estoy doctorado. Estoy terminando la tesis. Pero parece un trabajo imposible.

ERIKA M.
¿Y sobre qué escribes?

BALZACMAN
¿Sobre qué...? Uf, es bastante complicado de explicar.

ERIKA M.
Sobre escritores, ¿no? Sobre sus secretos.

BALZACMAN
No te quiero aburrir con historias que...

ERIKA M.
¿Y tú, tienes novia?

BALZACMAN
¿Qué? ¿Que si tengo...? Eh... No.

ERIKA M.

Ese *no* suena raro.

BALZACMAN

Quiero decir, que no tengo. Antes sí. Pero ya no. Ahora no.

ERIKA M.

Suele pasar. (*Pausa.*) ¿Y qué es lo que quieres? De mí.

BALZACMAN

Hablar. Ya te lo he dicho.

ERIKA M.

¿No me quieres besar ni nada? (*Silencio.*) Es broma, no te asustes. Ahora no estoy en mi mejor momento. Acabo de terminar con un chico, yo también, y no estoy preparada para conocer a nadie. No de ese modo.

BALZACMAN

Algo así había entendido.

ERIKA M.

¿Sí?

BALZACMAN

Por tus estados.

ERIKA M.

¿Ves? Puto Internet, Pablo. Tendría que haber hecho lo mismo que... ¡Ups! Perdona, he dicho tu nombre.

BALZACMAN

No pasa nada. Está bien.

ERIKA M.

Lo siento. Ahora estarán vendiendo tus datos a alguna compañía de teléfonos. “Hola, ¿está el misterioso Pablo? Le ofrezco un programa de datos y llamadas a muy buen precio”. No me hagas caso.

Silencio.

BALZACMAN

¿Cómo se llamaba?

ERIKA M.

¿Quién?

BALZACMAN

Tu novio.

ERIKA M.

Mi *exnovio* se llama... ¿Y a ti qué te importa? Casi caigo.

BALZACMAN

Por hablar. Por entender esa historia. Eres una chica... muy atractiva.

ERIKA M.

Joven, atractiva... ¿Escuchas todo lo que dices? Gracias, eres muy lindo. Pues es una historia muy... sencilla de entender. Yo estaba enamorada de un chico y un día, cuando me desperté, ese chico ya no estaba allí.

BALZACMAN

¿Se desvaneció?

ERIKA M.

Se fue.

BALZACMAN

(Ríe.) ¿A por tabaco?

ERIKA M.

(Ríe también.) ¿Por qué eres tan estúpido? Se fue, sin más.

BALZACMAN

¿Pero dijo algo? ¿Dejó algo?

ERIKA M.

Dejó... Dejó todo lo que se olvidó dentro de mí. ¿Qué más quieres que deje?

BALZACMAN

¿No escribió ni una carta de despedida ni nada? ¿No llamó ni mandó una postal?

ERIKA M.

¿Pero es que esperas que en este tiempo alguien escriba una postal? ¿De qué planeta te has escapado, vaquero? Ya no se escriben cartas.

BALZACMAN

¿Y dónde se fue?

ERIKA M.

Pues no lo sé, mira, ni me importa. No sé. *(Pausa.)* He hablado con su familia, después, porque él no quiso dar la cara ni coger el teléfono. No respondió a ninguno de mis mensajes. Digamos que *él* se llama... T. Pues T., mi ex, quería marcharse a trabajar fuera. A Noruega, al norte, no sé. Conoce a otra gente que se ha ido, en un estudio de arquitectura. Ya sabes lo que pasa, todos los problemas de

curro, lo de que se llega a una edad y hay que hacerse una vida... Y una noche estábamos cenando, en casa, habíamos invitado a unos amigos y... algo pasó. *(Pausa.)* Me siento ridícula contándote esto.

BALZACMAN

Hablar ayuda. Es bueno hablar.

ERIKA M.

Eso dicen mis amigas, pero ya estoy cansada de ellas, de sus consejos y de contar lo mismo una y otra vez.

BALZACMAN

No hace falta que cuentes nada. Tony Soprano se fue y ya está. Fin de la temporada.

ERIKA M.

Bueno, T. y yo discutimos, discutíamos mucho. Teníamos diferentes ideas sobre la vida y sobre el futuro. Pero aquella noche fue diferente. No voy a entrar en detalles, pero yo la sentí diferente, porque creo que la cagué. Bebí y hablé demasiado. Y al día siguiente... No sé... Cada vez que lo recuerdo me siento peor. Perdona. *(Silencio. Siente un profundo vacío en algún lugar de su cuerpo.)* Si te dijera que me dieras un beso, ¿lo harías? No, va en serio. Nada amoroso. Sino como... como un regalo. Como un regalo que un amigo le hace a otro.

BALZACMAN

Yo no... No lo sé.

ERIKA M.

¿No te sientes como un niño obligado a sujetar una cometa en el corazón de una tormenta?

BALZACMAN

Alguna vez.

ERIKA M.

¿Y qué podemos hacer cuando estamos así?

BALZACMAN

Habrá que cortar la cuerda, ¿no? Dejar escapar la cometa antes de que te caiga un rayo encima y... y te conviertas en Frankenstein.

ERIKA M.

Olvidarse de todo, ¿no?

BALZACMAN

Algo así. *(Pausa.)* Ahora se pueden tratar esas cosas. Es más fácil que antes.

ERIKA M.

¿A qué te refieres?

BALZACMAN
Médicamente, digo.

ERIKA M.
¿Te refieres a la pastilla? No sé si tendría valor. No lo había pensado, pero... He escuchado tantos rumores que...

BALZACMAN
Y yo, y no te imaginas lo que me divierto. Por norma, desconfío mucho de los lobbys farmacéuticos, pero en este caso dicen que está bien, que funciona.

ERIKA M.
¿En serio? ¿Conoces a alguien que la haya probado? Y no digo al típico amigo-de-un-amigo-de-un-amigo, sino a alguien cercano a ti.

BALZACMAN
Un primo mío la tomó, justo cuando estaban empezando a comercializarla. Le ayudó mucho con el cáncer de su padre. Ahora está muy contento y ha vuelto a salir con los amigos y hasta ha encontrado un curro y todo. Según cuenta, es más fácil de lo que parece. Porque lo difícil...

ERIKA M.
Lo complicado es conseguir las recetas. Me lo han dicho.

BALZACMAN
Podrías hacerlo, ¿no?

ERIKA M.
¿Crees que ayudaría?

BALZACMAN
¿Por qué no? No pierdes nada por intentarlo.

Silencio.

ERIKA M.
Yo creo que ha sido buena idea haber venido. Haber sido valiente esta noche. Hablar contigo.

BALZACMAN
Yo también... Estoy contento.

ERIKA M.
Podemos ser amigos. Amigos, sin más. Sin besos ni nada de eso. Amigos que van juntos —no sé— a la biblioteca, al Starbucks o a pasar la tarde a la piscina. ¿Te parece?

BALZACMAN
A la piscina prefiero que no. Me molesta el cloro de las piscinas. En la piel.

ERIKA M.

Bueno, lo dejaremos en un café. Un café con leche. Otro día.

BALZACMAN

Perfecto.

ERIKA M.

No me hagas caso. Por lo de antes. Ya te he dicho que estoy rara.

BALZACMAN

¿Por lo de antes por qué?

ERIKA M.

Por lo del beso.

BALZACMAN

¿Y por qué tendría que hacerte caso ahora?

ERIKA M.

Porque sí. Porque puedo ser una adicción muy jodida... ¿No ves el lío que tengo? ¿O es que tú también buscas una estúpida historia de amor que arrancar de tu cabeza?

Crece la hierba entre las rocas con la misma serenidad que los deseos dejan atrás el cuerpo que los genera. El germen de un relato está sembrado en cada uno de ellos. Ahora, el hombre y la mujer creen que saben lo que quieren. Aún no lo pueden adivinar, pero han encontrado una autopista en el otro, un sendero firme que bordea los acantilados, un camino que recorrerán hasta el final.